

Haber sido visitada. Amistades intraculturales

Antonietta Potente

Diótima. Universidad de Verona

ORCID: 0000-0002-9701-6900
potenteantonietta@gmail.com

Resumen

La amistad entre mujeres de países diferentes no se puede pretender, pero sí se puede esperar y por esto se necesita una actitud de “pasividad”. Personalmente estas “visitas” las recibí estando sentada y, para mí, se tornaron transformadoras. Han sido estas amistades las que me hicieron percibir cuan violento es el concepto de cultura que, además de ser un concepto patriarcal arrasa con la diferencia y niega a las mujeres. Lo que puede redimir estas prácticas culturales clásicas de toda antropología, es la experiencia placentera de la amistad, que es experiencia de visita de Dama Amor.

Palabras clave: Relaciones interculturales - Almacorporal - Ser visitada - Amistad entre mujeres.

Keywords: Intercultural relationships - Corporalsoul - Being visited - Friendship between women.

Fecha de recepción: 28 de junio de 2022.

Aceptación: 2 de julio de 2022.

Quisiera empezar contándoles algo que me pasó justo después de un año que vivía en Bolivia. Un día en el que se rompieron mis chinelas de goma con las que estaba andando a lo largo de un río, tuve que caminar descalza. Mi caminar debía de ser bastante ridículo, como quien caminara sobre huevos, tanto que una joven mujer me dijo: “no tengas miedo de la tierra; la tierra no te hace daño, camina normal”. Aquel consejo tan sencillo se me

quedó dentro: camina normal, en medio de la naturaleza, en medio de los goces y de los dolores. Camina normal cuando tejes pensamientos, cuando hablas, cuando ayudas a otras, otros, camina normal. Esta mujer se volvió una de mis maestras y hermanas más preciosas de mi vida.

Sin embargo, me pregunto ¿cómo contarles lo que fue para mí entrelazar relaciones con mujeres de otras culturas? ¿Cómo hablar de algo que para mí es más acontecimiento interior que exterior, más visitación que iniciativa activa nacida por una convicción ideológica sea de tipo religioso o político? Pruebo de empezar por el título que quise dar a mi reflexión. ¿Por qué hablo de “haber sido visitada” cuando en realidad, como alguien me hizo notar, fui yo la que emprendí un viaje fuera de mi tierra y fuera de mí?

Pensando en lo que les iba a decir me volvían dentro, como estribillo sonoro unos versos del *Cántico espiritual* de Juan de la Cruz.

... diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdediza, y fui ganada.¹

Lo que diré, en realidad es para mí indecible. Mi dificultad se debe a que tengo que hablarles de algo que fue y es todavía hoy mi vida. Una dificultad que me sale de dentro, porque lo que voy a decir no es mi pensamiento sobre un cierto tema, sino mi experiencia; una experiencia que me marcó profundamente y que forma parte de mí hasta hoy. La dificultad, por tanto, es hablar de mí. Yo no estoy acostumbrada y, les digo con sinceridad, no me gusta. Me gusta hablar y pensar a partir de mí, pero no hablar de mí. Además, lo encuentro muy difícil porque ha sido algo que provocó en mí profundas transformaciones que se han quedado en lo más hondo; transformaciones a las que continuamente siento que tengo que volver, como volver al “cuarto propio”.

Y, además, lo que viví no fue extraordinario, más bien normal, muy normal. De tal modo que estos breves versos saben decir mi sentir profundo: lo que me pasó fue lo que describe Juan de la Cruz. “Andando enamorada ... diréis que me he perdido sin embargo yo me hice perdidiza y ahí pasó algo: fui ganada”. Y es precisamente este “fui ganada” de la novia del *Cántico espiritual* lo que se queda en mí como una melodía interior, tanto que me hace decir: yo allá en Bolivia tuve sólo visitaciones y visiones.

Las relaciones con estas mujeres nacieron por mi migrar geográfico que, por un lado fue físico, pero también interior: mi migrar profundo; un verdadero viaje interior. Podría describirles estas amistades con muchos cuentos, que me salen de adentro porque fueron mis experiencias. Pensando en lo que iba a escribir, me vino a la mente el libro de la escritora y periodista mexicana Ángeles Mastretta, *Mujeres de ojos grandes*. En este libro hay muchas tías, abuelas, madres y comadres. A mí me pasó lo mismo: tuve muchas tías, comadres, hermanas, primas, ahijadas etc. Lazos que, a través de las mujeres de la familia en la que viví, se multiplicaron. Cada tía traía consigo otras tías, y mis hermanas de la casa me hicieron emprender lazos con otras mujeres que se volvieron hermanas, comadres, etc. Con algunas de ellas sentí crecer lazos de amistades y también de una extraña pasión política, pero con las mujeres de mi casa sentí y siento todavía que se engendraron, en modo mágico, verdaderos lazos de sangre, así que puedo decir que solo la vida cotidiana tiene el poder de hacer nacer lazos de amistad profunda. Luego vienen, como decía, aquellos lazos más políticos, es decir de búsqueda común en el intento de alcanzar algo para nosotras y para todo el mundo. En estos lazos políticos, la iniciativa fue siempre de mis amigas y yo solo me dejé enseñar y envolver en su manta de pasión profunda por el cuidado de una realidad que el poder patriarcal representado no solo por los gobiernos de turno, sino también por dinámicas que nos llegaban de otros países, sabía amenazar constantemente.

Pero lo que más me interesa contarles es cómo aprendí a estar en estas amistades interculturales, cotidianas o políticas, da lo mismo, porque yo descubrí un modo de estar que era verdadero siempre. Para explicarles esto, me hago ayudar por las palabras de María Zambrano cuando sobre su quehacer filosófico dijo lo siguiente: “Yo siempre he ido al rescate de la pasividad, de la receptividad. Yo no sabía, pero desde hacía muchos años yo también andaba haciendo alquimia”.²

¿Por qué para mí es tan importante este texto? Porque me ayuda a decir lo que viví en aquellas amistades entre mujeres de otra cultura. “Siempre he ido al rescate de la pasividad”, aunque la pasividad en realidad es alquímico trabajo de transformación. Así es mi sentir con relación a las amistades entre mujeres de distintos pueblos: hay que rescatar la pasividad, porque la pasividad es transformativa: haber sido visitada es eso para mí. Siempre ha sido para mí una experiencia de contemplación profunda, porque en las otras mujeres he buscado siempre un saber originario creador y libre. Ni la pasividad ni la contemplación son actitudes extáticas, como si solo se mirara o escuchara y no pasara nada. Ahí se dieron mis alquímicas mutaciones exteriores e interiores, moverme de un lugar a otro, para buscar y aprender a estar, ese aprendizaje tan sencillo que me enseñó aquella mujer joven cuando se rompieron mis chinelas: “¡tienes que caminar normal!”

Nunca, estando en estos lazos de amistad, he tenido un objetivo claro y distinto, ni ningún tipo de motivación de tipo religioso misionero, ni político en el sentido de querer liberar a aquellas mujeres. Aquel pueblo siempre se había liberado solo y lo hizo también cuando yo viví ahí, se liberó solo y casi siempre lo hizo gracias a la resistencia de las mujeres. Yo me “di de perdidiza”, tenía que darme de perdidiza y amor tenía que ganarme para estar con ellas.

Algunas amigas me dijeron que yo vivía ahí en modo demasiado pasivo, pero me consolaba escuchando que también a las mujeres bolivianas, algunas sabidas feministas antropólogas o sociólogas, les decían que eran demasiado pasivas. Yo pasaba horas con ellas entre silencios y sobrias palabras. Mirando gestos y escuchando cuentos o narraciones de vidas o también mirándolas mientras aprendían a escribir y leer. Así percibí que estaba acogiendo la visita de otras y que esta transformaba mi vida; mi modo de tejer pensamientos y mi modo de estar en la vida misma. Por eso llamo aquella parte de mi vida el tiempo de las visitas y ahí viene la explicación del título.

Nunca pensé ir allá para enseñar, aclarar o ayudar porque nunca considero que ninguna mujer de otra cultura necesita ayuda si de verdad la dejamos ser creativa con su vida y si su vida no está amenazada. Además, no entiendo qué quiere decir lo que escuchaba, que aquellas mujeres eran pasivas, cuando en la vida cotidiana eran quienes buscaban lo que servía para sobrevivir en lo cotidiano; eran ellas las que mientras vendían en los mercados o por las calles hacían hacer las tareas de la escuela a sus hijas e hijos y, allí mismo, muchas aprendían a leer y escribir, sentadas con sus cuadernos y libritos de alfabetización. De todas ellas he aprendido el gusto de estar juntas sin más; he aprendido que se visitaban recíprocamente sólo para charlar juntas y contarse cosas. De ellas aprendí también que la “razón poética” que desde luego es vida poética, es también pasiva en el sentido más bello: pasiva y receptiva de lo que aletea en la realidad y está siempre atenta a reconocer las visitas de lo que viene. Y de ella aprendí la capacidad muy activa de esperar en la vida, siempre, en el goce y en la enfermedad.

En aquellas visitas aprendí que aquel modo de vivir que las y los sabidos antropólogos llaman pasivos, venían de un lazo muy profundo que ellas tenían con la vida desde niñas, y con la naturaleza. Pero ni la vida ni

la naturaleza pueden ser simplemente objetos de estudio sino más bien algo que a veces se vuelve alguien y que hay solo que acoger, para poder entender cómo caminar normal. Ellas vivían en la realidad, en la realidad más sencilla e inmediata, la realidad que es la de la vida de todos los días, de las personas y de las cosas y de la naturaleza, y para hacer esto hay que evitar “la soberbia de la razón y la soberbia de la vida”, como diría mi otra amiga querida María Zambrano. Porque de qué me sirve a mí aprender las costumbres de un pueblo y, sobre todo de las mujeres de otras culturas, si no soy capaz de esperar el desvelamiento de las vidas que están detrás del velo de la cultura de cada pueblo. Cuando ese desvelamiento se da, a veces puede pasar que tú no entiendas nada, porque es totalmente distinto de lo que tú esperabas o porque lo sabías de otra manera. Si esto pasa no importa, hay que esperar otro desvelamiento, como se hace también cuando tu vida se te presenta como compañera difícil de interpretar y entender y, sin embargo, es tu vida y es ella la que te habla.

De tal manera que, si después de muchos años busco lo que aquellas amistades evocan en mi vida, diría que es aquel saber que es sentir de quietud profunda, asumido en mi almacorporal día tras día durante casi veinte años. El almacorporal no está inmóvil; más bien está quieta: “El centro no está inmóvil, sino quieto”, dice María Zambrano en *Claros del Bosque*. Y así me pasó: con aquellas personas y en aquellos lugares yo he sentido un cuidado materno especial; un cuidado original que venía de una gran familiaridad con la vida. Estas “visitas” yo las recibí sentada como la virgen María en casi todos los cuadros o iconos de la Anunciación, o de pie para decir mi gozo y mi acogida como en los relatos y en los cuadros de la visitación de María a su prima Isabel.

El verbo sentarse evoca en mí aquella experiencia de amistad, un verbo además muy propio de aquella realidad en la que muchas cosas se hacen sentadas. No es un

verbo pasivo como a veces pensamos, más bien un modo de estar; una postura que hace acaecer algo. Un verbo que –sobre todo para las mujeres– forma parte del trabajo: estar sentadas en el suelo o en un banquito, mientras se engendra el arte de la compraventa en las ferias. Sentarse en el suelo para tejer; sentarse en el suelo en las clases de alfabetización u otros momentos de la vida cotidiana como sentarse en el suelo para cocinar y comer. Es desde este recuerdo vivo del sentarse desde donde hago mi lectura sobre la amistad entre mujeres de una cultura que no es la mía. Yo ahí estuve sentada, mi migrar encontró un lugar para sentarse. Sentarse es una posición de espera, de reflexión, de contemplación, y entonces, como ya dije, de visitación.

Esto pasó en mi vida, esto se ha quedado en mi vida, pero no se quedó en el pasado, sino que se volvió un estilo de estudio, de escritura y de vida cotidiana: la realidad me inspira y la inspiración viene, con su propia creatividad. Las relaciones, sin este aroma de asombro y silencio y escucha profunda, no pueden ser relaciones de amistad entre mujeres de diferentes culturas o también entre mujeres de la misma cultura. Porque también en este último caso, cada mujer te trae su vida, y su vida, su inspiración, no pueden ser siempre discutidas como hacen los críticos de nuestro tiempo, que siempre quieren decir algo sobre la experiencia o la inspiración de los otros y más todavía de las otras.

Es cierto que cada contemplación sincera y libre te acompaña a la transformación, y la transformación es la tuya y no de la otra o de las otras. Eres tú la que la contemplación y la quietud transforman. Y digo esto porque ninguna amistad verdadera puede llevar a un mimetismo total con la vida de la otra. Más bien la contemplación te mantiene quieta, no agresiva y fuera de toda esa práctica del conflicto que yo personalmente no soporto, porque conflictos ya hay demasiados y casi siempre vienen de prácticas masculinas, a pesar de

que nosotras las mujeres feministas, muchas veces, los practicamos como si fuera una necesidad y una práctica de sabiduría.

En este sentido hay otra cosa que aprendí y que hoy en día me parece muy violenta: es el concepto de cultura, por lo menos tal y como lo había conocido y estudiado antes, y que al acontecer aquellas visitas se derrumbaba. Ya cuando estaba allá enseñaba a mis alumnos y a las pocas alumnas de la universidad a desconfiar profundamente de toda teoría y exaltación de lo que se llama cultura. Porque además de ser un concepto patriarcal arrasa con la diferencia y, sobre todo, niega a las mujeres, un poco como en la antigua ley judía: “sin contar mujeres y niños” y yo añadiría niñas. El problema no es que no nos nombren, sino que nosotras estamos antes de esta compleja construcción razonada que llamamos cultura; nosotras estamos en la vida.

Y también en esta ocasión me parece importante recordarnos que hablar de culturas es siempre muy ambiguo y a veces arriesgado. Si ustedes toman la definición clásica de cultura, encuentran este cuadro tan claro y distinto que parece saberlo todo de modo conclusivo. Casi siempre la cultura se define como modo de vida de un pueblo o una comunidad, una nación o un grupo humano. A veces hablan de cultura como un todo complejo que comprende conocimientos, creencias, arte, moral, leyes, usos, costumbres y otras capacidades adquiridas en tanto que “alguien”, es decir, “un hombre” que es miembro de una sociedad. Para otros puede ser un conjunto de ideas, respuestas emocionales y pautas de conducta que los miembros de una sociedad adquieren mediante la educación o imitación, etc. etc. Estos señores (Edward Tylor; Ralph Linton, etc.) dicen también que la cultura se trasmite y se comparte y es la herencia social que reciben los individuos.

Podría aburrirlas más y más con miles de definiciones sobre la cultura, pero quiero sólo preguntarme y preguntarles ¿dónde estamos nosotras en todo esto? Dónde están esas mujeres amigas que he conocido; las que aprenden a leer y escribir mientras venden en los mercados, las que me enseñaron a andar descalza en la tierra y vivir la vida normal, porque normal es la vida y todo lo que ocurre en ella salvo el desprecio, el poder incondicionado y la explotación de la vida misma, todas cosas anormales. En este saber se quiere abarcar la totalidad y posiblemente poseerla, bajo conceptos universales que no tienen nada que ver con la vida que se desliza en las infinitas diferencias de la realidad. Desde lo cultural, entendido como un sistema que lo define todo, no hay posibilidad de acercamiento a la vida real de las mujeres, no hay posibilidad de amistades profundas y deslumbradoras visiones de sus vidas y también de la tuya.

¿Entonces qué es lo que nos queda? Lo que puede redimir las prácticas culturales clásicas de toda antropología totalitaria o no es la experiencia placentera de la amistad, que es experiencia de visita de la que Margarita Porete llamaría Dama Amor. Esta visita tiene un poder transformador.

A quien me decía que la amistad con mujeres extranjeras no podía existir, a quien me decía que para entretener relaciones con otras había que hacer, siempre hacer, estar siempre en una actividad, y dar, etc., antes yo no contestaba nada, enmudecía. Mas hoy, a las y los que dicen lo mismo, contesto: ¿por qué no podía estar sentada en la realidad, yo que estaba sentada muchas horas al día, meditando, estudiando, escribiendo? ¿Por qué estaba prohibido estar sentada en la realidad y por qué estar sentada no daba la posibilidad de crear relaciones? Para mí la amistad entre mujeres no nace porque voy a ayudar a alguien, porque le doy comida, bebida, ropa, un hogar para dormir, todo esto es lo mínimo que podemos hacer y

debería ser cosa normal como caminar sin chinelas. Para mí la amistad nace en la gracia, bajo un indecible asombro. Nace por un profundo respeto de las diferencias y no solo, sino también por un aprendizaje constante de lo que yo no sé y que en lo más profundo de mi almacorporal yo busco; y también de ver que algo de mí brota en la otra y que ninguna de las dos lo reivindica nunca.

Concluyo diciendo que la amistad entre mujeres de países diferentes no se puede pretender, pero sí se puede esperar. Quien la pretende, casi siempre se vuelve arrogante y usurpadora de espacios y secretos que cada vida tiene y que solo amaneceres de gracias pueden desvelar.

... diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdediza, y fui ganada.

Y yo contesto que sí: es verdad: “me hice perdediza, y fui ganada” y añado: estuve bien contenta de hacerme perdediza. Escogí perderme y escogí ser ganada. A esta práctica de las relaciones entre mujeres intraculturales la llamo la práctica de la pasividad receptiva y de la quietud. En fin, entienden por qué no fui yo a visitar sino a haber sido visitada.

notas:

¹ Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* 29, 143-145, edición digital. Juan de la Cruz, Santo, *Cántico espiritual y poesías. Manuscrito de Sanlúcar de Barrameda*, Sevilla: Consejería de Cultura y Medio Ambiente; Turner, 1990, 2 vols. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/poesias--49/html/fedce812-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_2_.

² María Zambrano, en *Cuadernos del Norte*, 38 (1986), p. 6.

Antonietta Potente, *Haver estat visitada. Amistats intraculturals*, p. 120-129. L'amistat entre dones de països diferents no es pot pretendre, però sí que es pot esperar, per això es necessita una actitud de "passivitat". Personalment vaig rebre aquestes "visites" trobant-me asseguda i esdevingueren transformadores. Varen ser amistats les que em van fer percebre fins a quin punt és violent el concepte de cultura que, a més a més de ser un concepte patriarcal, arrasa amb la diferència i nega a les dones. El que pot redimir aquestes pràctiques culturals clàssiques de qualsevol antropologia és l'experiència plaent de l'amistat, que és experiència de visita de Dama Amor.

Antonietta Potente, *Having Been Visited. Intracultural Friendships*, pp. 120-129. Friendship between women of different countries cannot be claimed, but they can be hoped for and that is why an attitude of "passivity" is needed. Personally, I received these "visits" sitting down and, for me, they became transformative. It has been these friendships which made me perceive how violent the concept of culture is, one which, as well as being a patriarchal concept, destroys difference and denies women. What can redeem these cultural practices, classic of all anthropology, is the pleasurable experience of friendship, which is experience of the visit of Lady Love.